EL D'ARTAGNAN CENTROAMERICANO

FEDERICO HERNANDEZ DE LEON

Ensayista guatemalteco

“ El General Zavala mostraba a cada paso, en los momentos de mayor peligro y en los instantes de vacilación, su carácter alborotado y antojadizo, cubierto por el escudo de su valor temerario. Era el arrojo que disponen los grandes jefes de soldados en lucha, para imprimir valor a sus subordinados. En este incidente de la toma de Granada, puso en evidencia el General Zavala el valor personal de que disponía, realizando una empresa que no vacilo en llamar de heroísmo, como que se jugaba la vida en forma abierta.

El caso lo refieren contestes las informaciones de la época y fue comentado, como un acto de imprudencia por los unos, por la mayoría, como un ejemplo para sus soldados que, bisoños, debían librar largas y complicadas acciones dominadas por la muerte.

Las fuerzas aliadas estaban divididas, con esas divisiones que aún perduran en el curso de los años, frente a los problemas políticos. Siendo el peligro efectivo e inmediato en la invasión filibustera, las divisiones, llegado el momento desaparecían y los centroamericanos luchaban con un solo frente. Debido a esas divisiones parciales, parte de las tropas defensoras de la integridad, estaban una parte en Masaya y la otra, en Diriomo. Walker quiso aprovechar esta división y atacar aisladamente cada una de las partes. Con ese pensamiento amagó en primer término, Masaya.

Pero Zavala, que intuyó el movimiento del filibustero, jugó por su parte la toma de Granada, tenida por Walker y adelantándose a todo movimiento del enemigo, se presentó frente a las puertas de Granada. Deshizo los elementos que la custodiaban y se dirigió hacia la plaza central, en tanto que los filibusteros se rehacían para presentar frente y proceder al contradesalojo. En estos momentos Zavala realizó la hazaña a que aludo recientemente.

A eso del mediodía los libertadores ocuparon la plaza de Granada, dejando al margen la iglesia. Desde las alturas de Jalteva, los filibusteros no cesaban de hacer disparos. Zavala dispuso atravesar la plaza, sólo, para llegar hasta la casa que ocupara personalmente Walker y apropiarse de una bandera revolucionaria. Como lo pensó lo hizo. Atravesó la plaza con el paso ordinario de un hombre que va de paseo, en tanto que una granizada de balas le rodeaba. Llegó a la casa y tomó la bandera. Luego, sin alterar los movimientos se volvió al lado de sus soldados que, parapetados en las vías, esperaban ver caer a su jefe, acribillado por los impactos del enemigo.

Continuó serenamente Zavala su camino, cuando recibió un tiro en la propia bandera, luego un segundo tiro en el abrigo que llevaba puesto. No se alteró y llegó hasta integrarse a las filas de sus compañeros, que le recibieron con las hurras más justificadas. Aquel acto del General Zavala entrañaba un ejemplo del valor sereno, ante sus soldados, necesitados muchos de ellos, de aliento enardecedor. Bien sabía el guatemalteco las que se jugaba y el por qué. Napoleón Bonaparte, frente al puente de Arcole, echó su caballo, yendo él como jinete, sobre una granada. Estalló la granada y jinete y caballo volaron por los aires. Se levantó el hombre diciendo a sus soldados: —Ya veis que las granadas austriacas no matan.

La escena de Zavala está repetida en *Los Tres Mosqueteros* de Dumas. Zavala era un mosquetero del trópico, por su ingenio, su arrojo, por la índole de su espíritu.